

Que otro sol tibia? de su patria huyendo  
 Quien de sí huye?  
 Sube viciosa á las bronceadas naos  
 La cuita, sigue al escuadrón ginete  
 Más que los ciervos y que el Euro, echan-  
 Nubes, ligera. (do)

Odie curar de lo futuro el alma,  
 Grata en lo de hoy, y en moderada risa  
 Temple lo amargo, que nada hay dicho  
 De toda parte:

La pronta muerte arrebató al Aquiles,  
 Larga á Titón la senectud consume,  
 A mí quizá lo que te fué negado  
 La Hora me ofrece:

Sículas vacas de tí en torno mugen  
 Y greyes ciento, de cuadrigas yegua  
 Tuya relincha: en múrice africano  
 Ya reseñidas

Lanas te visten: la infalible Parca  
 Un ténue soplo de la Musa griega,  
 Campos estrechos y desprecio al vulgo  
 Dióme por suerte.

DEL LIBRO TERCERO.

ODA II.

Que de la agria milicia en la crudeza  
 Aprenda, amigos, el mancebo fuerte  
 A sufrir la pobreza;  
 Y ginete temible haga matanza  
 En los feroces Partos con su lanza.

Viva al sereno en medio á sobresaltos,  
 Y que la esposa del tirano adverso  
 Desde los cubos altos  
 De la muralla hóstil luego le mire  
 Y con su adulta niña así suspire:  
 "No suceda ¡ay! que en los combates rudo  
 "Mi regio esposo á pelear provoque  
 "A ese león sañudo,  
 "A quien de guerrear la ira crüenta  
 "Por enmedio de muertes aviolenta."  
 ¡Es dulce y decoroso dar la vida  
 Por la patria! Del hombre fugitivo  
 La muerte va en seguida;  
 Ni de la imbele juventud perdona  
 A la espalda y la corba bien temblona.

(1) La virtud del desaire ignoradora

(1) Ya, como dicen los comentadores, porque en caso de vergonzoso desaire bástale al virtuoso su propia satisfacción y la repulsa no menoscaba su intrínseco valer, ó lo que yo más creo, porque generalmente la virtud no es desairada en este mundo sino goza de aprecio, esto es la virtud cívica muy estimada en los tiempos y patria de Horacio. Referir á la virtud en general lo que dice esta estrofa, equivale á dislocar de la primera parte de la oda todo lo siguiente: esta virtud tiene de ser la patriótica que es la recomendada en la estancia anterior y en cuyo caso el sentido será: "Puesto que la muerte no perdona al cobarde, vale más morir valerosamente por la patria. Esta virtud de luchar por la propia nación no es vista con desdén y se ve adornada de immaculados honores.

NEC SUMIT etc. Y hace pelear no en civiles guerras al plebeyo antojo sino por justísimas causas.

RECLUDENS etc. Ya se asentó que la virtud patriótica tiene por premio en la vida el aprecio de los buenos, ahora, después de la muerte es su merced la inmortalidad.



Con honores incólumes fulgece ;  
 La segur brilladora  
 No empuña y suelta con mudable brío  
 Del aura popular al albedrío.

La virtud que abre el cielo á los que muerte  
 No merecen, negado algún camino,  
 Le intenta de otra suerte ;  
 Las reuniones vulgares luego esquiva,  
 La húmeda tierra en ala fugitiva.

(1) Tiene el silencio fiel premio seguro :

NEGATA etc. Más si alguna vez es despreciada esa virtud como puede acontecer, ella se busca su pago por otro camino que la fama y estimación, ya por la saciedad de la conciencia, ya en la esperanza de la venidera gloria: por esto y en este caso de no ser justificada la, se aparta de las vulgares sociedades y deja la tierra, busca patria más justiciera

CÆTUSQUE etc. juzgo que á no entender de esta manera saldrá destejada de la I esta II parte. Admito la interpretación de que la virtud se basta á sí misma, toque de la doctrina estoica, pero no en el *nescia repulsa sordida*, sino en el *negata tentat*; porque de lo contrario estas últimas palabras ó son repetición de las primeras y muy fuera de razón y por tanto anti-Horacianas ó son del todo intraducibles.

Este sentido del *negata* se insinua con arte muy genial de Horacio desde el epíteto *incontaminatis*.

(1) La otra virtud más indispensable en el soldado es la fidelidad en guardar sigilo sobre las cosas reservadas de la patria y del ejército Premio seguro de nombre y tranquilidad de conciencia está guardado al custodio leal de esos secretos. Para encarecer el poeta el horror que causa el violador de secretos dice que él no consentirá bajo su techo ó en su barea al revelador de los arcanos de Ceres, cuya guarda era tan importante en el orden religioso como en el militar la del santo y señas, que decimos nosotros. Concluya por deshacer lo que podría objetársele de que á veces no

Jamás consentiré bajo mis trabes  
 A quien haya á lo obscuro  
 De arcana Ceres levantado el velo,  
 Ni que conmigo suelte el barquichuelo.  
 Une el Padre del día al inculpado,  
 A veces con el hombre corrompido  
 Mas de quien fué malvado  
 Raras veces la pena ardiendo en ira  
 Con planta lastimada se retira.

### ODA III.

El ardor de furiosos ciudadanos,  
 Que alzan gritos insanos,

lleva castigo, á lo que parece el criminal, si nó corre la suerte del justo; y responde que raras veces el que ha sido malo burla aun en este mundo la pena de su culpa. Así creo que se trasluce ya el hilo de esta oda ordenada con arte superior al repentino y superficial estudio, que de ella se haga. He aquí su plan compendiado: I Estr. Améstrese la juventud en soportar los azares de la guerra. II llegará de esta suerte á merecer el encomio mas grato el que haga la familia del monarca enemigo, al tener por la vida de los suyos si ve el extraordinario valor con que lucha el Romano. III y si muere en la guerra, dulce y honroso es perecer por la patria, tanto más cuanto que la muerte no perdona al tímido. IV por otra parte la virtud del patriota combatiente tiene premio de honor en este mundo. V y paga de inmortalidad de lo futuro y hasta, caso de verse menospreciada, halla su recompensa en sí, lejos de los mudables elogios del vulgo. VI y VII Deben á mas ser los jóvenes sigilosos, que no gárrulos, y serlo desde ahora porque el que ha delinquido tarde que temprano padece el azote de Dios.

Me he demorado en comentar esta pieza, más de lo usado porque su desorden, perfectamente lírico ha sido el tormento de los comentadores.



Jamás al varón justo  
 Tenaz en su propósito, remueve  
 De su intento; tampoco el ceño adusto  
 Del rey tirano aleve,  
 Ni el austro proceloso  
 Turbio rey del Adriático espumoso;

De Júpiter excelso fulminante  
 Ni la mano gigante:  
 Si desgajado fuera  
 El orbe acaso, entonces la ruina  
 Espantosa impertérrito le hiriera.  
 Por tal fuerza divina  
 Alcides andariego  
 Subió hasta los alcázares de fuego,

Polux también; y Augusto recostado  
 Con labio sonrosado  
 Liba néctar entre ellos.  
 Los tigres á tu yugo así hecho dino  
 Sometieron indóciles los cuellos,  
 Padre Baco; y Quirino  
 Huyó antros infernales  
 De Marte en los caballos inmortales,  
 Después que Juno férvida surgiera  
 Y á los dioses dijera  
 Con voz que al cielo mueve:  
 "Ilión, Ilión, á mi entregada  
 "Y á la casta Minerva con tu plebe  
 "Y rey, porque negada  
 "La paga fué que un día  
 "Laomedón á los dioses prometía,  
 "Un juez fatal á polvo te redujo,  
 "Lascivo en torpe lujo  
 "Con mujer extranjera.  
 "Famoso el huésped de la Griega impura

"No esplende ya, mas ni la casa fiera  
 "De Priamo perjura  
 "La huste Aquiva aguanta,  
 "O en el esfuerzo de Héctor la quebranta.  
 "Por nuestras sediciones gobernada  
 "La guerra fué calmada.  
 "Depondré sin demora  
 "Y las iras gravosas y á Mavorte  
 "El nieto aborrecido, que traidora  
 "Le diera su consorte.  
 "Esa vestal troyana  
 "En otro tiempo, volveréle ufana.  
 "Permitiré que á brillador asieuto  
 "Suba y sorba contento  
 "Néctar, suave admitido  
 "Al pacífico gremio de deidades,  
 "Mientras el Ponto hierva enfurecido  
 "Entre las dos ciudades  
 "Y felices doquiera  
 "La redondez dominen extranjera.  
 "El Capitolio esté resplandeciente;  
 "Y Roma ferozmente  
 "Al Medo subyugado  
 "Pueda leyes dictar, mientras los bustos  
 "De Priamo y Paris el cerril ganado  
 "Insulte ya vetustos,  
 "Mientras esconda en ellos  
 "La fiera impune sus cachorros bellos.  
 "Dilate horrenda á la postrera playa,  
 "Donde líquida valla  
 "A la Europa divide  
 "Del Africa, su nombre y á do inunda  
 "Hazas el Nilo así que se desmide,  
 "Deje en tierra profunda



" Así mejor guardado  
 " El oro todavía no encontrado  
 " Valiente á desdenar, que no con mano  
 " Rapaz á uso mundano  
 " Las riquezas sagradas  
 " Destine. Todo término, que el mundo  
 " Corta toque con armas respetadas,  
 " Dé ir al país fecundo,  
 " Donde se ensaña el fuego,  
 " Ardiendo en gana, ó al en bruma ciego.  
 " Con esta ley tal suerte le prodigo  
 " A ese pueblo enemigo,  
 " De que jamás piadosos  
 " En demasía y en su prez confiados  
 " Intenten repararme los odiosos  
 " Alcázares quemados  
 " De la Troya materna;  
 " Porque de Troya la "Fortuna" tierna  
 " Renacida, de nuevo haré que ceda  
 " En su lúgubre rueda  
 " Alada, á destructora  
 " Y triste muerte luego sollozando  
 " En la guerra la hueste vencedora  
 " ¡Qué más! acaudillando  
 " Yo misma entonce ufana  
 " De Jove esposa y á la vez hermana.  
 " Si tres veces Apolo el alto muro  
 " Hecho de bronce puro  
 " Reedifica, otras tantas  
 " Perezca hecho ruinas por mis griegos,  
 " Y así sacie mis iras sacrosantas.  
 " Y tras de vanos ruegos  
 " La mujer prisionada  
 " Llore hijos y marido inconsolada."

Mas no conviene á la festiva lira  
 Aquesto que me inspira  
 ¡A dónde vas! oh diosa,  
 Deja de referir los dichos santos  
 De las Deidades, deja presuntuosa  
 En tus humildes cantos,  
 Y no con la rudeza  
 De tus versos amengües su grandeza.

## ODA IV. A CALIOPE.

Baja del cielo y en la flauta grácil  
 ¡Ea! modula largo tiempo ahora,  
 Reina Caliope; ó si más quieres, facil  
 Tu voz aguda, celestial, sonora,  
 Haznos oír; ó bien con tus delgados  
 Dedos del alto cielo perfumados  
 Hiere presta tan solo  
 Tus cuerdas ó la cítara de Apolo.  
 ¡Oíste! . . . . . ó bien ¡la plácida locura  
 Del poeta me engaña! Me parece  
 Que escucho la canción y á la ventura  
 Vago por bosque, que sagrado crece,  
 Do el agua corre murmurando amena  
 Y blando el aire de contento llena,  
 Que mansamente vaga  
 Y tiernas hojas perezoso halaga.  
 Tras de mi Apulia nutridora un día  
 En el Vulturo, monte protegido,  
 Allá de niño y en la tierra umbría  
 De sueño al fin y de jugar vencido  
 Las cándidas palomas fabulosas  
 De la diosa de Chipre presurosas



Con hojas me cubrieron,  
Que nuevas de los árboles cogieron.

Y todos admiraron, el que mora  
De Bata en las florestas, la que auida  
De Aqueronte en el risco y labradora  
La gente humilde, que el Fíñano cuida,  
Cómo de negras víboras seguro  
Dormía entonces y del oso impuro  
Con lauro y mirto amante,  
Mas no sin dioses animoso infante.

¡Vuestro! Camenas, ¡vuestro! si trepare  
A los fragosos montes de Sabina,  
O si el frío Penestre me agradare,  
O Tíbur que en la cuesta se reclina,  
O bien la acuosa Bayas. Porque gusto  
De vuestras fuentes y danzar angusto  
En Filipos la huida  
No puso fin á mi incipiente vida;

Ni aqueso pudo el árbol enemigo;  
Ni el Palinuro en la onda Siciliana,  
Siempre que estéis en mi favor conmigo,  
De marinero en navecilla vana  
Podré yo echarme al Bósforo furioso,  
O de viajero pisaré animoso  
Las reseca arenas  
De Asiria ardiente, oh plácidas Camenas.

Y soy capaz de visitar ileso  
A los Britanos, que á su Dios feroces  
Le sacrifican á su huésped preso,  
Y también á los Cóncanos atroces,  
A que la sangre de caballo agrada  
Y á los Gelones, de carcaj armada  
La espalda musculosa,  
O del Tanais la vega nebulosa.

Al alto César cuando, ya encerradas  
Sus haces en las duras fortalezas,  
Sus haces ya de pelear cansadas,  
Busca alivio á sus bélicas proezas,  
En vuestra cueva le recreais; y os place  
Dar á quien busca vuestra bella face  
Consejo regalado,

Y almas gozáis cuando le hubisteis dado.  
Sabemos que quien rige él solo y fuerte  
La inerte tierra con el mar ventoso  
Con ley igual, los reinos de la muerte,  
De las deidades el estrado hermoso,  
Los pueblos y los muros engrosados  
De almenas y de gente coronados,  
Con rayo desprendido  
A los impíos Titanes ha vencido.

Aquella horrenda juventud confiada  
En sus brazos á Jove ya infundiera  
Grande terror y que otra turba osada  
El Pelión ya procuraba fiera  
Poner encima del Olimpo umbrío.  
Mas ¿qué pudieran en el trance impío  
El Mímas valeroso  
Y Porfirio disforme y vigoroso?

Ni qué Tifón y ni el garrudo Reto,  
Ni Encélado, que audaz al cielo echaba  
Con la mano lanzada sin respeto  
Los árboles que rápido arrancaba,  
De Palas contra la égida sonante  
Descargando podrían? Militante  
Fué el fogoso Vulcano,  
Y prestó Juno la su régia mano.

También estuvo el que jamás depone  
De sus hombros el arco; y al recío



De la Castalia fuente á veces pone  
Y sus sueltos cabellos lava pío,  
Y de los Licios en la selva obscura  
Y en la natal písisima espesura  
Fecundo reina sólo  
Intonso Delio, Patareo Apolo.

La fuerza cae por su propio peso  
Cuando es sin consejo dirigida;  
Más los dioses con plácido embeleso  
Ayudan siempre á la que va medida,  
Y el esfuerzo aborrecen que menea  
Cuanto hay de malo en su alma gigantea.  
De las sentencias mías  
Testigo sea el centimano Gías:

También Orión el tentador osado  
En otro tiempo de la virgen Diana,  
De una saeta virginal domado.  
Y echada encima de su prole insana  
De monstruos fieros duélese la tierra,  
Y se lastima de que en cruda guerra  
Sus partos derribara  
El rayo y en el Oreo sepultara.

Y ni carcome el fuégo acelerado  
Al Etna, encima de la turba puesto;  
Ni el buitre deja al hígado [ensañado  
Guardián celeste al criminal impuesto]  
De Ticio el lujurioso: y á Piritó,  
De Proserpina el amador maldito,  
Aprisionan en penas  
Trescientas pesadísimas cadenas.

## ODA IX. HORACIO Y LIDIA.

- H.—Mientras yo te agradaba,  
Y ninguno mejor al cuello hermoso  
De la niña aun no echaba  
Los brazos amorosos  
Fuí que el rey de los Persas más dichoso.
- L.—Mientras que tu no ardiste  
Por otra alguna, ni por Cloe dichosa  
A Lidia pospusiste.  
Lidia vivió famosa,  
Que Ilia la Romana más gloriosa.
- H.—Sobre mí reina ahora  
Docta en canciones Cloe, bien amado,  
De pulsar sabedora;  
Y moriré animado  
Con tal que á *mi alma* conservare el Hado.
- L.—Con el suyo y mi fuego  
Calais hijo de Orinto aquel Turida,  
Me quema en amor ciego:  
Dos veces doy mi vida  
Porque al muchacho el hado dé crecida.
- H.—Y ¿qué si á los huidos  
La Venus do antes á su yugo de oro  
Tornar y deja ceñidos,  
La bella Cloe desdoro,  
Y para Lidia el gozne abro sonoro?
- L.—Aunque aquel es hermoso  
Más que el lucero y tu más inconstante  
Que espuma y más rabioso  
Que el Adria, amo anhelante  
Vivir contigo y expirar amante.



## ODA XI. A MERCURIO

Oh tú, Mercurio, á cuyo numen dócil  
Movió las piedras Anfión cantando;  
Y tú, mi concha, en resonar maestra

Con siete nervios,  
Tú en otro tiempo desdenada y muda,  
Hoy de los templos y banquete amiga,  
Números suelta, á que el rebelde oído

Lide no niegue.  
Que cual potranca en abundoso prado  
Retosa alegre y la coyunda esquiva  
Aun de nupcias sin saber, y tierna

Para Himeneo  
Tú con las selvas á los tigres puedes  
Llevar veloces, sosegar los ríos,  
Y tu halagando al infernal portero,  
Manso cedía

El Cancerbero aunque furioso ciento  
Crespa de sierpes su hórrida cabeza  
Y hediondo aliento de su cruenta exhala  
Boca trilingüe,

Ixión y Ticio con amarga risa  
La faz mudaron, y el tonel secóse,  
Mientras á las niñas complació de Dánao  
Tu voz amable.

Escuche Lide la maldad famosa  
Y pena de ellas, el barril do se huye  
Por viejo fondo el agua aborrecida  
¡Ultima suerte!

Y aquesas culpas, que hasta el Orco duran;  
Ellas impías (¿qué mayor delito?)

En los esposos el puñal confiado  
Bárbaras hunden.

Una entre todas digna de Himeneo  
En contra fué de su perjuro padre,  
Con heroísmo mentirosa, y noble  
En lo futuro.

“Alzate--dijo á su confiado esposo--  
Alzate y huye del eterno sueño,  
Que tú no esperas, y á tu suegro burla  
Y á mis hermanas,

“Que cual leonas al becerro asidas  
¡Ay las destrozan; pero yo más buena  
Ni te heriré, ni habré de retenerte  
Dentro al palacio.

“Me ate mi padre con pesados hierros  
Porque yo á un hombre perdoné clemente,  
O en un bajel me mande á la remota  
Númida tierra.

“Ve á do los piés te lleven y los vientos  
Con el favor de Venus y la noche  
En buena suerte; y mi desdicha esculpe  
Sobre mi tumba.”

## ODA XXVII. A GALATEA.

Al ímpio den del pájaro el chirrido,  
Zorra criando, ó la fecunda perra  
De viaje agüero ó la rojiza loba  
Rápida huyendo;

Quiebre su senda la culebra pronta,  
Que á los cuartagos como flecha espanta  
Al dar la vuelta. ¿Yo agorero listo  
Temo qué cosa?



Traeré del orto al ominoso cuervo  
 Con preces, antes que de lluvias nuncio  
 A las lagunas de perpetuo el ave  
 Vuelva divina.

Vivir dichosa puedes, Galatea,  
 Doquier te plazca, y que jamás me olvides,  
 Que ni corneja vagabunda ó canto  
 Vedan tu viaje.

¿Ves cuai cintila entre tumulto de aire  
 Orión poniente? Yo quien es el Adria  
 Negro conozco; y yo del blanco Yápix  
 Sé los pecados.

Hijos y esposas de enemigos sientan  
 El austro oriente en el moverse ciego,  
 Mugir el ponto y azotadas costas  
 Estremecerse.

La nívea Europa, que confiése al toro  
 Doloso así, ya palidece enmedio  
 De mil engaños en la mar, que en fieras  
 Hórrida hierve.

Poco ha en el prado rebuscaba flores  
 La de guirnaldas virgen artesana;  
 Ya cielo y agua en noche cenicienta  
 Mira tan sólo.

Y así que toca en la potente Creta  
 De cien ciudades—"Padre—dijo—oh nombre  
 "De hija dejado, mi piedad vencida  
 "De una locura.

"¿De dónde viene y á qué parte? Leve.  
 "De las doncellas á la culpa pena  
 "Fuera una muerte. ¿Qué despierta lloro  
 "Culpa, que hice?

"O bien ¿conmigo, aun inocente, juega  
 "Imagen vana, por la puerta ebúrnea

"Sueño escapado? ¿Qué es mejor por olas  
 Ir ¡ay! eternas,

"O andar cogiendo las recientes flores!  
 "Si el toro infame alguno me trajera,

"Despedazara hasta los cuernos de ese  
 ¡Ay! tan amado.

"Desvergonzada abandoné mis lares,  
 "Desvergonzada ir al infierno tardo.

"Oh Dios, si escuchas, ojalá entre leones  
 "Yerre desnuda.

"Antes que torpe amarillez marchite  
 "Ya mis mejillas, y sin jugo quede,

"Presas tiernas antes, así hermosa, quiero  
 "Tigres me coman.

"Oh vil Europa, ya tu padre ausente  
 "¿Por qué no mueres?—te insta: en ese fresno

"Suspende el cuello al ceñidor, que hiciste  
 "Bien en traerte.

"O si en las rocas el morir escojes,  
 "O agudas sirtes; al veloce riesgo

"Echate, anda, si no ser esclava  
 Torpe preferes,

"Hija de rey, de bárbara señora  
 "Y vil juguete del marido"—Riendo

Pérfida Venus y su hijo, el fuerte  
 Arco abajado,

Cercas estaban: tras bastante burla  
 "—Abstente—la habla—de iras y de riñas

"Cuando volviere á que sus cuernos troces  
 „El toro, que odias.

"Tú ser no sabes del Santuario esposa;  
 "Ya de sollozos déjate; aprovecha

"Tu gran fortuna: llevará tu nombre  
 "Parte del mundo."



## ODA XXIX. A MECENAS.

(Traducida según la manera del Mtro. León.)

Mecenas, descendiente  
 De Etruscos reyes, ya tiempo ha guardado  
 Te tengo vino ardiente  
 En barril no encantado,  
 De rosa lazos bellos  
 Y jugo de balán á tus cabellos.  
 No te demores; viendo  
 No siempre estés el Tívoli regado,  
 Ni de Esola corriendo  
 En ladera el sembrado,  
 O los yugos de bueyes,  
 Do el parricida Telegón dió leyes.  
 La hartura fastidiosa  
 Y tu torre á las nubes allegada  
 Deja dificultosa,  
 Y de Roma endiosada  
 No admires el ruido  
 Y los bienes y el humo envanecido.  
 La mudanza en la vida  
 Suele ser á los ricos agradable;  
 Y la limpia comida  
 So techo miserable,  
 Sin mantel, que subyunga,  
 La solícita frente desarruga.  
 De Andrómeda aparece  
 Ya el padre claro en su escondido fuego,  
 Ya Proción se enfurece  
 Y nos devuelve luego

La estrella de la fiera  
 Secos días del sol, que reverbera.  
 Y ya el pastor cansado  
 Con su lánguida grey, la sombra, el río.  
 Y espinal enredado  
 De Silvano bravío  
 Busca: y no tiene alientos  
 La orilla taciturna sin sus vientos.  
 Tú curas que convenga  
 A la Ciudad; y temes muy humano  
 A Roma que la venga  
 De Catay y el Bactriano  
 De Ciro reino un día,  
 Y el Tanais en discordia noche y día.  
 Mira que Dios prudente  
 El suceso del tiempo venidero  
 Aprieta en noche hirviente:  
 Ríe si el mortal zagüero  
 Se va sin rienda al susto;  
 Lo presente tan sólo arregla justo;  
 Que á modo lo viviente  
 Se va de río quieto por su lecho,  
 Que al mar da mansamente,  
 O revuelve deshecho  
 En uno descuajados  
 Troncos y piedras, casas y ganandos,  
 Con clamor de montañas  
 Y de vecinas selvas cuando el fiero  
 Diluvio infunde sañas  
 Al arroyo parlero.  
 Rey de sí poderoso  
 Quién pudiese decir: "Viví hoy dichoso.  
 Mañana Dios, repleto  
 Podrá volver el polo en nube horrible,



O el sol, que brille quieto;  
 Mas lo que fué, imposible  
 Deshacer, ni ir cambiando  
 Lo que la hora fugaz llevó arrastrando.

Fortuna alegre en males  
 Jugando pertinaz su loco juego  
 Muda á mí sus reales,  
 Que al fin son humo ciego,  
 O á otro con pecho amigo,  
 Y yo la alabo cuando está conmigo;

Si sus ligeras alas  
 Extiende borro su donada dita;  
 Y me envuelvo en las galas  
 De mi virtud bendita;  
 Y á la Pobreza honrada  
 Aunque sin dote busco muy amada.

No es mío si la entena  
 Mugiere del Gallego combatida  
 Alzar el ruego en pena,  
 O la promesa urgida.  
 No el cargamento raro  
 De Fenicia enriquezca el mar avaro,

Entonces con dos remos  
 En la chalupa me echarán seguro,  
 En medio á los extremos  
 Del torvo Egeo oscuro,  
 El aura y los Mellizos  
 Del cielo, al fin trocando la onda rizos.

DEL LIBRO IV. ODA II. A ANTONIO.

Quien emular á Píndaro procura,  
 Julio, se apoya en enceradas alas,

Dedáleo invento para al vítreo ponto  
 Nombre dejarle;

Pues como el río, que del monte baja,  
 Fuera de madre por copiosas liuvias,  
 Hierve y se arroja del profundo labio  
 Píndaro inmenso,

De ganar digno el Apolíneo lauro,  
 Si voces nuevas atrevido agita  
 En dityrambos y le llevan alto

Números libres,  
 O si á los dioses y los reyes canta,  
 Sangre de dioses, que vencieron justos  
 A los Centauros y al tremendo fuego  
 De la Quimera.

O ya el caballo celebrando y púgil,  
 Que á casa tornan con la palma Elea  
 Ya celestiales, más que eien estatuas  
 Préstales gloria.

O llora al joven de la esposa flévil  
 Robado, ó suba las costumbres aureas  
 A las estrellas y el ezfuerzo, olvido  
 Negro supera.

Levanta el aura al cisne de Dircea,  
 Siempre que tiende á la región de nubes.  
 Yo, cual la abeja de Calabria coge  
 Miel de tomillos.

Con gran trabajo, cabe los bosquetes  
 De húmeda Tírbur y frondosa orilla  
 Pequeño forjo laboriosos cantos,  
 Plácido Antonio.

Mejor poeta, cantarás al César  
 Cuando ya traiga por la cuesta sacra,  
 Crespa la sien con rama merecida  
 Fierros Sincambros.



Nada más grande ni mejor los hados  
Y buenos dioses dieron á la tierra,  
Y no darán aunque al dorado siglo  
Vuelvan los tiempos.

Y cantarás los venturosos días,  
Del fuerte Augusto á la impetrada vuelta,  
Fiestas en Roma; y cantarás el foro  
Luego vacío.

Llegará entonces ocasión propicia  
A mi voz débil y, oh tú sol hermoso,  
Oh sol laudable, cantaré felice,  
César llegado.

Mientras tú avanzas repetidas voces  
-*Io trunfo* el pueblo gritará-*Io triunfo*--  
Y quemaremos á los blandos dioses  
Suaves inciensos,

Y tú diez toros, y otras tantas vacas  
Y yo un becerro inmolaré, que nutro  
Ya detestado en los crecidos pastos  
Para mis mandas;

Ya con sus cuernos de la luna imita  
El corvo fuego, que tres días muestra  
Haber cumplido; y es dorado todo,  
Nívea la frente.

### ODA III. A MELPOMENE.

A quien ya tú, Melpómne,  
Miraste al nacer con ojos plácidos,  
No los trabajos Istmicos  
Púgil glorioso harán, ni en carro Acaico  
Los corceles indómitos  
Llevarán vencedor; ni hazaña bélica  
Le sube al Capitolio,

Pues iras quebrantó de reyes bárbaros,  
Crespo con hojas Delficas  
Más los arroyos de la fértil Tiboli  
Y las greñas selváticas

Noble le harán por sus eolios cánticos.  
Y ya ponerme dignase

De la ciudad princesa la prosapia  
Entre los vates líricos,

Menos el diente de la envidia acósame.  
Oh tú, que tiemblas, Piéride

De la concha de oro el blando estrépito  
Y al mudo pez, queriéndolo,

Tú que dieras de cisno voz dulcísima,  
Es don tuyo que muéstrenme

Por tañedor de la Romana cítara;  
Lo que aliento poético

Lo que agrado, si agrado, es tuyo, Piéride,

### ODA IV A AUGUSTO.

Como al ministro alado  
Del rayo, á quien el rey de las deidades  
Permitió ya en las aves el reinado  
Vagabundas del aire, sus lealtades  
Y fuerzas adecuadas

En el rojo Ganímede probadas;

Y á quien echó del nido

La moedad con el vigor paterno

Sin saber de trabajos, y ya huido

El vernal nubarrón, pávido y tierno

Le enseñaron los vientos

Esfuerzos no tenidos y violentos;

Hostil á los apriscos

Impetu vivo al punto le menea,



Contra dragones hórridos y ariscos  
 El amor á la vianda y la pelea;  
 Y cual despavorida  
 La cabra en grueso pasto entretenida  
   Mira al cachorro ardiente,  
 Que la adorada madre desterrada  
 Y teme perecer al nuevo diente  
 Así á Druso mover guerra preclara  
 En la Alpina vertiente  
 Tímida vió la Vindelicia gente.  
   Catervas; que vencieron  
 Largo tiempo y así se defundieron  
   Probaron ya rendidas  
 Que pueden, bajo faustos artezones  
 Las almas de los príncipes nutridas  
 Y el cariño de Augusto á los Nerones.  
 Los fuertes son criados  
 Tan sólo por los buenos y esforzados.  
   Los corceles veloces  
 Y los novillos de su padre el fuego  
 Heredan, ni las aguilas feroces  
 A palomas sin hiel engendran luego  
 Mas la virtud nativa  
 Doctrina sabia poderosa aviva.  
   Los pechos robustece  
 La buena crianza, eleve las pasiones,  
 Lo recto mal guiado desmerece.  
 Cuanto debas, ¡ho Roma, á los Nerones,  
 El Metauro testigo  
 Y vencido el Asdrúbal enemigo;  
   Y aquel día hechicero,  
 Que, del Lacio las sombras ahuyentadas,  
 En almo triunfo sonrió primera,  
 Desque por las ciudades humilladas

De Italia el Africano  
 Galopara con ímpetu ufano  
   Cual llama por las teas,  
 O el Euro de onda en onda Siciliana.  
 De entonce afortunada en sus tareas  
 Se engrandeció la juventud Romana;  
 Y dioses potentados  
 Se alzaron en los templos devastados.  
   Pérfido Aníbal dice:  
 “Nosotros ciervos y segura presa  
 “Ya de rapaces lobos infelice  
 “Hoy perseguimos á la gente esa,  
 “Cuando ¡ay! el engañarla  
 “Es el triunfo mayor y el evitarla;  
   “Que de Troya quemada  
 “Con viejos padres, hijos y deidades  
 “A los mares Etruscos arrojada  
 “Arribó de la Ausonia á las ciudades,  
 “Y, cual robusta encina,  
 “Que en lo fértil del Algido se empina,  
   “Ya por segures dobles  
 “De sus opacas frondas desmochada,  
 “En los estragos y derrotas nobles  
 “Y en las matanzas bárbaras podada,  
 “Del mismo fierro toma  
 “Animo y fuerzas la valiente Roma.  
   “No de Hércules osado,  
 “Que se airaba mirándose impotente,  
 “En contra reecreciera así cortado  
 “De la Hidra el cuerpo, monstruo más po-  
 “Ni Colcos soportara, (tente  
 “Ni la Equiónida Tebas engendrara.  
   “Si la hundes en el ponto,  
 “Más hermosa se torna, guerra mueve,



"Y cabal vencedor te lanza pronto,  
 "Que digno y mucho de alabanza, lleve  
 "A sus firmes esposas  
 "Hazañas que refieran portentosas.  
 "Ya no tras la matanza  
 "Soberbios nuncios mandaré á Cartago  
 "Se acabó, se acabó nuestra esperanza  
 "De Asdrúbal en la muerte y el estrago,  
 "Y sin dicha ninguna  
 "Ya del Púnico nombre la fortuna."  
 Nada á los Claudios, nada  
 Es imposible, Júpiter benigno  
 Con providencia á pocos regalada  
 Los patrocina, y su talento digno  
 Sagaz les da la tierra  
 En los angostos trances de la guerra.

---

ODA XV. A AUGUSTO.

---

(Traducida al modo del Maestro León.)

---

Cuando de guerras llevo  
 El son y de ciudades quebrantadas;  
 Con su laúd el Febo  
 En voces muy airadas  
 Armóme ya rencilla,  
 Que no eche al mar Tirreno mi flotilla.  
 Al campo mieses buenas  
 El siglo devolvió del César quedo

Tras guerra y duras penas,  
 Y el Parto pronto en miedo  
 Las banderas desclava  
 Y las da á nuestro Dios por su faz brava.  
 El de Jano la puerta  
 Condenó, ya de nadie traspasada,  
 Y enfrena á la que abierta  
 Licencia anda soltada;  
 Y las culpas quitando,  
 Usos de los antiguos fué sacando.  
 Por esas buenas artes  
 La gente Etrusca fuese luego hinchando  
 En fama y baluartes,  
 Su magestad llevando,  
 Del bárbaro á despecho,  
 Dende el nacer del sol á do hace lecho.  
 Con César guardadero  
 Las paces no se irán luego espantadas  
 Del furor civil, fiero,  
 De ira que maja espadas  
 Y siembra enemistades  
 En medio de las miserables ciudades.  
 Los que el hondo Danubió  
 Beben no rasgarán ya sus editos,  
 Tampoco el Getá rubio,  
 Ni los Persas malditos,  
 O los que labran seda,  
 O él que junto al Tanáís nacido queda.  
 Y en el festivo día  
 Tras el agra labor entretenidos  
 Con Baco, en compañía  
 De los hijos habidos  
 Y las madres, su encanto,  
 Llamaremos al dios con grito santo.



Y en versos muy dolientes  
Podremos, los difuntos capitanes,  
Cual sus padres valientes,  
A Troya con sus males,  
A Anquises el agüelo  
Y de Venus el parto, alzar al cielo.

---

DEL LIBRO. VODA II. CONTRA ALFIO.

---

Dichoso aquel, que de negocios lejos  
Como en los tiempos viejos,  
Paternos campos con sus bueyes rompe,  
De logros desatado,  
Y ni el clarín el sueño le enterrerrompe,  
Ni teme el mar airado;  
Huye el juzgado y de los poderosos  
La puerta orgullecida;  
Y con adultos piés de vid jugosos  
Al álamo enmarida;  
La rama inútil con la hoz amputa  
Y otras ingiere amantes;  
O en valle angosto de esenchar disfruta  
Mugir greyes errantes.  
Guarda en cántaros limpios miel, que apura,  
La oveja esquila flaca.  
Cuando Otoño de fruta ya madura  
Galana frente saca,  
¡Cual le place coger pera bastarda,  
De la uva el rojo grano

Que á Priapo ofrece, y, de linderos guarda,  
A tí, padre Silvano.  
Al pié de roble antiguo goza echado,  
O en la tenace grama:  
El agua se desliza en risco alzado.  
Mesteña el ave clama,  
Provocan dulce sueño murmurando  
Las fuentes. Y si llega  
Ya del aire, que truena, el tiempo infando,  
Que lluvia y nieve allega,  
O bravos javalíes en trampa opuesta  
Ya mete con trailla,  
O engaña al voraz tordo, en varas puesta  
La rala redecilla.  
La liebre espantadiza, y forastera  
La grüya coge en lazo  
¡Grata presa! En tal suerte ¿quién no olvida  
De amor el fiero abrazo?  
Y, ¿qué, si la mujer gobierna honesta  
La casa y dulces hijos,  
Cual la sabina, ó la que al sol se tuesta  
En quehaceres prolijos  
Dulce mujer del Calabrés fornido,  
Que atiza el fuego pronta  
Con leña vieja luego que al marido  
Venir cansado afronta;  
Y en la cerca las vacas no ordeñadas  
Ataja y con amaño  
Aprieta la ubre; y viandas no compradas  
Saca y vino del año?  
No más me agradan Rombos y pescados  
Sargos, si en la refriega  
Alguno de levantes atronados  
A uestros mares llega.